

nismo tenga sobre el primero una ventaja tan grande como generalmente se ha querido suponer. Hase opuesto á Milton con sus defectos, á Homero con sus bellezas; pero supongamos que el cantor de *Eden* hubiese nacido en Francia en el siglo de Luis XIV y que á la sublimidad de su genio hubiese reunido el gusto de Racine y de Boileau: ¿qué hubiera sido entonces, preguntamos, del *Paraíso perdido*, y si lo maravilloso de este poema no hubiera igualado al de la *Ilíada* y al de la *Odisea*? Si juzgásemos la mitología por la *Farsalia* ó por la *Eneida*, tendríamos de ella la brillante idea que nos ha dejado el padre de las gracias, el inventor del cedifor de Vauvins? Cuando tengamos sobre un asunto cristiano una obra tan perfecta en su género como las de Homero, entonces podemos decidir en favor del maravilloso de la fábula ó del de nuestra religión; pero hasta entonces permitámonos dudar de la verdad de este precepto de Boileau:

*De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornemens égarés se sont point susceptibles;
Art. poét. cant. III.*

De la fe del cristiano los misterios terribles
De ornatos divertidos nunca son susceptibles.

Por último, podíamos excusar la lucha del cristianismo con la mitología en la parte que tiene relación con lo maravilloso. Hemos emprendido este exámen por abundancia de medios y para manifestar los recursos de nuestra causa. Podíamos resolver la cuestión de un modo sencillo y preparatorio; pues cuando fuese cierto, como es dudoso, que el cristianismo no puede suministrar un maravilloso tan magnífico como el de la fábula, aun es verdad que tiene cierta poesía del alma, cierta imaginación del corazón, de las que ninguna señal vemos en la mitología. Así es que solo las bellezas poéticas que proceden de esta fuente, compensan ampliamente las ingenuidades mentiras de la antigüedad.

En los cuadros del paganismo todo es inquietud y resorte, todo es exterior, todo está dispuesto para los ojos, en las pinturas de la religión cristiana todo es sentimiento, todo pensamiento, todo interior, todo creado para el alma. ¿Qué encanto en la meditación qué profundidad en la ilusión! Mas hecho hay en una fígrima de las que hace derramar el cristianismo á sus fieles, que en todos los risueños errores de la mitología. Un autor puede escribir una página mas compasiva tomando el asunto de una *Nuestra Señora de los Dolores*, de una *Madre de piedades*, de algun santo oscuro, patron de ciegos y desamparados, que con todos los dioses del Panteón. Allí si que se encuentra poesía; allí si que se ve lo maravilloso. Si lo queramos en sublime, contemplad la vida y dolores de Jesucristo y acordados que vuestro Dios se llamó el *Hijo del*

hombre. Tiempo vendrá, y nos atrevemos á pronosticarlo, en que nos asombraremos de haber padido despreciar las bellezas que contienen solo los nombres, solas las expresiones del cristianismo; nos costará trabajo concebir cómo nos hemos burlado de la religión de la razón y de la desgracia.

Aquí terminan las relaciones directas del cristianismo y de las musas, pues acabamos de verle políticamente en sus conexiones con los hombres y en las que tiene con los seres sobrenaturales. Coronaremos lo que hemos dicho sobre esta materia, con un exámen general de la santa Escritura: este es el manantial de donde han tomado parte de sus maravillas Milton, el Dante, el Tasso y Racine, así como los poetas de la antigüedad se valieron de los grandes rasgos de Homero.

LIBRO SEXTO.

LA BIBLIA Y HOMERO.

CAPÍTULO I.

DE LA SAGRADA ESCRITURA Y DE SU EXCELENCIA.

Es sin duda alguna un cuerpo de obra bien singular aquel que principia por el Génesis y termina por el Apocalipsis; que empieza á darse á conocer con el estilo mas claro y sencillo, y finaliza con el tono mas figurado. Se podrá dudar que todo es grande y sencillo en Moisés, como aquella creación del mundo, y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta? Se dudará tampoco que todo es terrible y fuera del orden natural en el último profeta, como aquellas sociedades civilizadas y aquel fin del mundo que nos representa.

Las producciones mas extrañas á nuestras costumbres, los libros sagrados de las naciones infieles, el *Zend-Avesta* de los antiguos Persas, el *Veidam* de los Brannas, el *Alcorán* de los turcos, las Recepciones de los escandinavos, las máximas de Confucio y los poemas de Sanscritos, son obras que nos sorprenden, pues en unas y otras hallamos un regular y ordinario enfase de las ideas humanas. Todas ellas tienen entre sí alguna cosa común, ya en el tono, ya en el pensamiento. Solo la Biblia es la que á ninguna se asemeja: este es un monumento que no tiene conexión alguna con los demás. Explicada es un tártaro ó á un hotentote, á un salvaje Americano; ponida en las manos de un sacerdote chino ó de un monge mahometano, y causará igual ad-

miración á unos que á otros. ¡Proeza milagrosa! veinte autores, de edades y épocas remotas y diferentes entre sí, han trabajado en los libros santos y sin embargo de que han escrito en veintio estilos distintos, siempre han sido estos inimitables, y no se hallan en alguna otra composición. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el lenguaje, participa sin embargo como él de tan admirable originalidad.

Pero no es esta la única cosa extraordinaria que los hombres conservan encontrarse en la Escritura. Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia, creen no obstante á pesar suyo, cierta cosa en ella misma. Deístas y ateos, grandes y pequeños, atraídos todos por no sé qué cosa desconocida, no dejan de oírse incoherentemente la obra que los unos admiran y los otros desprecian. No hay en la vida una sola posición para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresamente dictado para ella. Sería difícil persuadirnos que todos los acaecimientos posibles, felices ó infelices, hubiesen sido provistos con todas sus consecuencias en un libro escrito por mano de los hombres, pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:

El origen del mundo y el anuncio de su fin;
La base de todas las ciencias humanas;
Todos los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familias hasta el despotismo, desde la edad pastoril hasta el siglo de corrupción;

Todos los preceptos morales, aplicables á todos los estados y á todos los accidentes de la vida;

Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.

CAPÍTULO II.

DE LA ESCRITURA MAY TRECE ESTILOS PRINCIPALES.

Entre estos estilos divinos tres son con especialidad los mas notables:

1.º El estilo histórico, como el del Génesis, Deuteronomio, Job, etc.

2.º La poesía sagrada, tal cual existe en los salmos, en los profetas, y en los tratados morales.

3.º El estilo evangélico.

El primero de estos tres imita con un hechizo inexplicable, ya la narración de la epopeya, como en la aventura de José; ya hace resonar liricos conciertos, como después del peso del mar Rojo; aquí suena la voz del santo Arabe, y allí canta con Ruth tiernas bufoñías. Aquel pueblo escogido, cuyos pasos todos son señalados con fenómenos; aquel pueblo por cuya causa se detiene el sol, mana agua el peñasco, y el ciclo pro-

diga el mandó; aquel pueblo no podía tener fados ordinarios. Todas las formas conocidas se cuentan con respecto á él; sus revoluciones se cuentan sucesivamente con la trompeta, la lira y la churumbela; el mismo estilo de su historia es un continuo milagro que atestigua la verdad de las maravillas en su memoria perpetua.

Quedamos maravillosamente asombrados desde el principio de la Biblia hasta el fin. ¿Qué cosa se podrá comparar con la apertura del Génesis? Aquella sencillez de lenguaje que camina en razón inversa de la magnificencia de los objetos, nos parece el último esfuerzo del ingenio.

Au principio creavit Deus celum et terram.

Terra autem erat inanis et vacua, et tenebre erant super faciem abyssi; et spiritus Dei ferebatur super aquas.

Dixitque Deus: fiat lux. Et facta est lux. Et vidit Deus lucem quod esset bona; et divisit lucem a tenebris.

No se puede mostrar la belleza de semejante estilo, y si alguno le critica, no se sabría qué responderle. Nos contentemos con observar que Dios ve la luz, y que como un hombre contento con su obra se aplaude á sí mismo y la considera buena, es uno de aquellos rasgos que se hallan en el orden de las cosas humanas; esto no es natural en el entendimiento. Homero y Platon, que hablan de semejante á esta respetabilidad, nada tienen de semejante á esta respetabilidad de los hombres, para hacerles conocer su poder y maravillas, pero permanecen siempre Dios.

Cuando se piensa en que Moisés es el historiador mas antiguo del mundo; cuando se advierte que no ha interpolado ninguna fábula en sus escritos; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, como el autor de una de las legislaciones mas bellas que se han conocido, y como el escritor mas sublime de cuantos han existido; cuando se le ve flotando en su cima sobre el Nilo, ocultarse después en los desiertos por espacio de muchos años, no dejarse ver mas que para dividir el mar, hacer manar agua de las peñas, conversar con Dios en las nubes, y por último, desaparecer para siempre en la cima de una montaña, se queda uno acongojado. Pero cuando bajo las convenciones cristianas llegamos á pensar en que la historia de los israelitas no es solamente la historia de los dias antiguos, sino aun la figura de los tiempos modernos; que cada hecho es doble y contiene en sí mismo una verdad histórica y un misterio; que el pueblo judío es una recopilación simbólica del género humano, representando en sus aventuras todo lo que ha sucedido y cuanto ha de suceder en el universo; que Jerusalem se debe tomar siempre por

1 Véase la nota 20 al fin de la obra.

otra ciudad, Sion por otra montaña, la tierra de promisión por otra tierra, y la vocación de Abrahán por otra vocación: cuando se reflexiona que el hombre *moral* está también oculto en esta historia bajo el hombre *físico*; que la caída de Adán, la sangre de Abel, la desnudez violada de Noé, y la maldición de este padre sobre un hijo, se manifiestan aun hoy día en el doloroso parto de la mujer, en la miseria y orgullo del hombre, en los mares de sangre que inundan el globo después del fratricidio de Caín, y en las razas malditas descendientes de Cham, que habitan una de las mas bellas porciones de la tierra; finalmente, cuando vemos que el prometido Hijo de David viene al tiempo señalado a restablecer la verdadera moral y la verdadera religión, a reunir todos los pueblos, a sustituir el sacrificio del hombre interior a los holocaustos sangrientos; entonces es cuando nos faltan palabras y estamos próximos a exclamar: *Dios es nuestro Rey ante de todos los siglos. Deus ante Rex noster ante secula.*

En Job es donde se muda, como ya hemos dicho, el estilo histórico de la Biblia en elegíaco. Ningún escritor ha llevado la tristeza del alma hasta el grado á que ha sido conducida por el santo Arabe, ni aun Jeronímus, con ser el único que *igualaba las lamentaciones con los dolores*, como habla Bossuet. Es cierto que las imágenes tomadas de la naturaleza del Mediodía, como las arenas del desierto, la solitaria palmera, la estéril montaña, convienen especialmente al estilo y al sentimiento de un corazón desgraciado; pero en la melancolía de Job hay cierta cosa sobrenatural. El hombre *individual*, por desgraciado que sea, no puede arrancar de su alma unos suspiros semejantes. Job es la figura de la *humanidad paciente*, y el escritor inspirado ha hallado bastantes genios para expresar todos los males esparcidos en la raza humana. Además, como todo tiene en la Escritura un respectivo final con la nueva alianza, las elegías de Job se preparaban también para los días de luto de la iglesia de Jesucristo: Dios hacia componer por medio de sus profetas cánticos fúnebres, dignos de los cristianos muertos, dos mil años antes que hubieran adquirido la vida eterna aquellos sagrados difuntos.

«Pereza el día en que nací, y la noche en que se dijo: Concebido ha sido un hombre»¹.

«Extraño modo de gemir! Solo la Escritura ha llegado á hablar de esta manera.

«Pues ahora durmiendo estaría en silencio y en mi sueño reposaría.»²

¹ Los negros.

² Job, c. 3, v. 5. Usaremos en esta de la célebre traducción de nuestro santísimo y benemérito español el padre Felipe Scio, sustituyéndola á la no menos alabada por los doctos del profundo Sacy, que es la de que se vale Mr. de Chateaubriand.

³ Job, cap. 3, v. 13.

Esta expresión, *y en mi sueño reposaría*, es una cosa admirable: poned el sueño y vereis que todo desaparece. Bossuet ha dicho: *Dormid vuestro sueño, ríos de la tierra; y quedad sepultados en vuestro polvo.*³

«Por qué fué concedida la luz al miserable, y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?»⁴

Jamás han hecho las entrañas de los hombres salir un grito mas doloroso de su profundidad.

«El hombre nacido de mujer, viviendo breve tiempo, está relleno de muchas miserias.»⁵

Esta circunstancia, *nacido de mujer*, es una redundancia maravillosa; todas las enfermedades del hombre se ven en las de su madre. El estilo mas afectado no pintaría la vanidad de la vida con tanta fuerza como estas pocas palabras: *Vive breve tiempo, y está relleno de muchas miserias.*

Fuera de que todo el mundo conoce este famoso pasaje donde se digna Dios justificar su poder delante de Job, y confundir la razón del hombre: por esto lo pasamos en silencio.

El tercer carácter hejo el cual deberíamos considerar el estilo histórico de la Biblia, sería el carácter bucólico; pero de esto trataremos con alguna extensión en los dos capítulos siguientes.

Por lo que toca al segundo estilo general de las sagradas letras, que es la *poesía sagrada*, habiéndose ejercitado sobre esta materia una multitud de excelentes críticos, sería superfluo detenernos en ella. ¿Quién no conoce los coros de Esther y Athalia y no ha leído las odas de Rousseau y de Malherbe? El tratado del doctor Lowth anda en manos de todos los literatos, y Mr. de La Harpe ha dado en prosa una excelente traducción del Salmista.

Finalmente, el tercero y último estilo de los libros santos es el del *Nuevo Testamento*. En él se trueca la sublimidad de los profetas en una ternura no menos sublime: en él habla el amor divino, y en él es donde el *Verbo ha encarnado* verdaderamente. ¿Qué unicon! ¿qué sencillez!

Cada evangelista tiene un carácter particular, á excepción de san Marcos, cuyo Evangelio no parece mas que el compendio del de san Mateo. Con todo, san Marcos era discípulo de san Pedro, y muchos han creído que escribió lo que le dictó este principe de los apóstoles. Es digno de notar que tambien ha hecho relacion de la culpa de su maestro. Nos parece un misterio sublime y tierno, que Jesucristo haya elegido para jefe de su Iglesia al único de sus discípulos que le negó. En esto se ve todo el espíritu del cristianismo: san Pedro es el Adán de la nueva ley; él es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caída nos enseña, además,

¹ Oración fún. del cancill. Le Tellier.

² Job, cap. 3, v. 20.

³ Job, cap. 14, v. 1.

que la religion cristiana es una religion de misericordia, y que Jesucristo ha establecido su ley entre los hombres sujetos al error, atendiendo menos á la inocencia que al arrepentimiento.

Sobre todo, el Evangelio de san Mateo es preciso por lo moral. Este apóstol nos ha transmitido la mayor parte de aquellos preceptos sentimentales que tan abundantemente sahan de la boca de Jesucristo.

San Juan es mas suave y mas tierno. Reconocemos en él al discípulo amado de Jesús, al que quisó tener á su lado en el huerto de las Olivas al tiempo de su agonía. Distincion sublime sin duda porque el que ha de penetrar el misterio de nuestros dolores, debe ser solo el amigo de nuestra alma. Juan fué igualmente el único apóstol que acompañó á la cruz al hijo del hombre. Allí le legó el Salvador á su madre. *Mother, ecce filius tuus: deinde dicit discipulo: ecce mater tua.* [Expresion celestial, palabra ineffable! El discípulo amado, que habia dormido sobre el seno de su maestro, conservó su imagen indeleblemente; por esto fué el primero que le reconoció después de su resurreccion. El corazón de Juan no pudo equivocarse las facciones de su divino amigo, y su fe procedió de su caridad.]

Fuera de esto, el espíritu de todo el Evangelio de san Juan se encierra en esta máxima que tanto repetía en su vejez: *cargado de edad y de buenas obras é imposibilitado para hacer discursos largos al pueblo que habia criado para Jesucristo, se contentaba este apóstol con decirle: Hijos míos, amaos los unos á los otros.*

San Gerónimo opina que san Lucas era médico, profesion tan noble y bella en la antigüedad, y que su Evangelio es la medicina del alma. El estilo de este apóstol es puro y elevado: se deja conocer que era un hombre versado en las letras y que conocía los negocios y á los hombres de su tiempo. Entra en su narración al modo que los historiadores antiguos; os parecerá que os á Herodoto:

«Como muchos han intentado escribir la historia de las cosas que han sucedido entre nosotros»

«Según la religion que nos han hecho aquellos que desde el principio las vieron por sí mismos y que han sido los ministros de la palabra»

«He creído, excelentísimo Teófilo, que yo tambien debia escribirlas la historia desde su origen, después de haberme informado puntualmente de todas las cosas.»

Es tal en el día nuestra ignorancia, que no faltan literatos que se habrían admirado de oír que san Lucas es un gran escritor y que en su Evangelio brilla el genio de la antigüedad grieco-hebraica. ¿Hay cosa mas hermosa que el trozo que precede al nacimiento de Jesucristo?

«En el tiempo de Herodes, rey de Judea, habia un sacerdote llamado Zacarias, de la extri-

pe de Abia: su mujer era de la familia de Aaron, y se llamaba Elisabet.

«Ambos eran justos delante de Dios. . . . No tenían hijos, porque Elisabet era estéril y los dos eran muy ancianos.

«Zacarias ofrece un sacrificio; apartesele un ángel puesto de pié al lado del lado de los persas. fumes. Le anuncia que tendrá un hijo que se llamará Juan, que será el precursor del Mesías, y que reunirá el corazón de los padres y de los hijos. El mismo ángel va después á encontrar una virgen que habitaba en Israel, y la dice: «Yo os saludo, ¡oh llena de gracia! el Señor está con vos.» María se va á las montañas de Judea, encuentra á Elisabet, y el hijo que esta llevaba en su vientre se estremeció á la voz de la virgen que debia dar á luz al Salvador del mundo. De repente Elisabet, llena del Espíritu Santo, alza la voz y exclama: «Bendita sos entre todas las mujeres, y el fruto de vuestro seno será bendito.

«¿Cuál es mi felicidad cuando la madre de mi Salvador viene hacia mí. Porque mientras me habeis saludado, apenas vuestra voz llegó á mi oído, cuando mi hijo se estremeció en mi seno.» Entonces María entona el magnifico cántico: «¡Oh, alma mía, gloria al Señor!»

En segunda vez la historia del pesebre y de los pastores. *Un coro numeroso del ejército celestial canta durante la noche; ¡gloria á Dios en el cielo, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad!* expresion digna de los ángeles, que es como el resumen de la religion cristiana.

Creemos tener algun conocimiento de la antigüedad, y nos atrevemos á asegurar que por mas que investiguemos entre los mejores genios de Roma y de la Grecia, no encontraremos cosa que sea tan sencilla y tan maravillosa á un mismo tiempo.

Cualquiera que lea el Evangelio con un poco de atención, descubrirá en él á cada paso cosas admirables y que desde luego se escaparán por su simplicidad suma. San Lucas, por ejemplo, dando la genealogía de Cristo, sube hasta el origen del mundo. Cuando llega á las primeras generaciones, al continuar nombrando las razas, dice: *Caiman, qui fuit Henos, qui fuit Seth, qui fuit Adam, qui fuit Dei*; la palabra sencilla *qui fuit Dei*, echada allí sin comentario ni reflexión, para referir la creacion, el origen, la naturaleza los fines y el misterio del hombre, nos parece lo mas sublime.

La religion del Hijo de María es como la esencia de todas las religiones, ó lo que hay en ellas de mas celestial. En pocas palabras podemos pintar el carácter del estilo evangélico; este consiste en un lenguaje de autoridad de padre maternal con no sé qué de indulgencia fraternal, y con no sé qué conmiensación de un Dios que por rescatarnos se dignó hacerse hijo y hermano del hombre.

Por lo que hace á lo demás, cuanto mas leemos las cartas de los apóstoles, y sobre todo las de san Pablo, mas nos admiramos. No sé qué casta de hombre es este que en una especie de sermon común dice familiarmente palabras sublimes, hace las consideraciones mas profundas sobre la naturaleza humana, explica la del Ser supremo y predice lo futuro.

CAPITULO III.

PARALELO DE LA BIBLIA Y DE HOMERO.—TÉRMINOS DE COMPARACIÓN.

Se ha escrito tanto sobre la Biblia y se ha comentado tantas veces, que el único medio que tal vez queda para hacer conocer sus bellezas, es ponerla al lado de los poemas de Homero. Aunque los poemas consagrados por los siglos han recibido del tiempo una especie de santidad que justifica el paralelo y disipa toda idea de profanación. Si Jacob y Néstor no son de una misma familia, uno y otro son por lo menos de los primeros tiempos del mundo, y conocemos que solo hay un paso desde los palacios de Pyllos hasta las tiendas de campaña de Israel.

Nosotros nos proponemos investigar en estos capítulos por qué la Biblia es mas bella que Homero, y cuáles son las semejanzas y discrepancias que se hallan entre ella y este poeta. Consideremos estos dos monumentos como dos columnas solitarias que están puestas á la puerta del templo del Genio y forman la sencilla galería.

Desde luego es una cosa bastante curiosa ver luchar de frente las dos lenguas mas antiguas del mundo; lenguas en las cuales publicaron Moisés y Liecu su las leyes, y cantaron sus himnos David y Píndaro.

El hebreo, conciso, enérgico, casi sin inflexión en los verbos y explicando veinte referencias del pensamiento con sola la aposición de una letra, anuncia el idioma de un pueblo que por una alianza digna de consideración unió la sencillez primitiva á un conocimiento profundo de los hombres.

El griego, derivado evidentemente del hebreo, como se echó de ver por sus raíces y antiguo alfabeto, muestra en sus conjugaciones perplejas, en sus inflexiones y en su difusa elocuencia, una nación de un genio intuitivo y sociable, una nación graciosa y vana, melidiosa y pródigo en palabras.

Quiere el hebreo componer un verbo? pues solo necesita conocer las tres letras radicales que forman el singular la tercera persona del pretérito. En el mismo instante tiene todos los tiempos y todos los modos, añadiendo antes, después ó entre las tres radicales, algunas letras *serviles*.

El camino del griego es mas embarazoso. Es preciso considerar la *característica*, la *terminación*,

el *aumento* y la *pendüina* de ciertas personas de los tiempos de sus verbos; cosas tanto mas difíciles de conocer, en cuanto se pierde la *característica* y se traspone ó se carga de una letra desconocida según la misma letra delante de la cual se halla ella colocada.

Estas dos conjugaciones hebraica y griega, la una tan sencilla y corta, lo otra tan compuesta y tan larga, ponen á la vista el espíritu y costumbres de los pueblos que las formaron; la primera indica la concisión del patriarca que va solo á visitar á su vecino al pozo de la palmera; en la segunda se halla delineada la elocuyente profundidad del griego que se presenta á la puerta de su huésped.

Mejor desearéis un el genio de las dos lenguas, si tomáis á la aventura algun sustantivo griego ó hebreo. *Nether*, en hebreo, significa una *águila*; viene del verbo *shur*, *contemplar*, porque el *águila* mira al sol de hito en hito; y *águila*, en griego, se expresa por *velo rápido*.

A Israel le ha admirado lo que el *águila* tiene de mas sublime: la vió inmóvil sobre la roca de la montaña mirando el astro del día al levantarse.

Atenas solo ha percibido el vuelo del *águila*, su impetuosa huida y todo aquel movimiento que convenia al movimiento propio del griego. Tales son precisamente las imágenes de *sol*, *hijos* y *montañas*, tantas veces usadas en la Biblia, y tales las de *ruidos*, *correrías* y *pasajes*, tan multiplicadas en Homero.

La sencillez, la antigüedad de las costumbres, la narración, la descripción, las comparaciones ó las imágenes, y lo sublime.

Examinemos, pues, el primer término.

1.º *Sencillez*. La sencillez de la Biblia es mas corta y mas grave; la sencillez de Homero mas larga y mas risueña.

La primera es sentenciosa y viene á dar en las mismas expresiones para expresar cosas nuevas.

La segunda gusta de muchas palabras, y no pocas veces repite con las mismas frases lo que acaba de decir.

La sencillez de la Escritura es la de un anciano sacerdote, que lleno de todas las ciencias divinas y humanas, dicta con precisión desde el fondo del santuario los oráculos de la salubridad.

La sencillez del poeta de Chio es la de un viajero anciano que cuenta al hogar de su huésped todo lo que ha aprendido en la carrera de una vida larga y llena de accidentes contrarios.

2.º *Antigüedad de las costumbres*.

Los hijos de los pastores del Oriente guardan los ganados como los hijos de los reyes de Egipto; mas cuando París de la rueta á Troya, es para habitar allí un palacio en medio de esclavos y deleites.

Una tienda, una mesa frugal y unos sirvientes rústicos es todo lo que hallan los hijos de Jacob en casa de su padre.

Si se presenta un huésped en la casa de un príncipe, conforme escribe Homero, al instante le conducen al baño las mujeres, y á veces la misma hija del rey. Se le perfuma; le presentan aguamaniles de oro y plata para que se lave; le visten con un manto de púrpura; y le llevan á la sala del banquete; le hacen sentar en una hermosa silla de marfil con un bello escabel; los esclavos mozan en las copas agua y vino, y le presentan en una cesta los dones de Ceres; el amo de la casa le sirve el jugoso lomo de la víctima, del cual le hace una parte cinco veces mayor que la de los demás. Entre tanto comen con grande regocijo, y la abundancia apaga bien pronto el hambre. Concluido el banquete, *empiegan el extranjero* que refiere su historia. Finalmente, le hacen ricos presentes al marcharse, por fútil que haya parecido su equipaje; porque se supone ó que este es un Dios que viene disfrazado así para sorprender el corazón de los reyes, ó un desgraciado, y por consiguiente el favorecido de Júpiter.

De muy distinta manera es el recibimiento en la tienda de Abraham. Se levanta el mismo patriarca para salir en persona al encuentro de su huésped, le saluda, y adora á Dios después. El hijo de la casa le recoge y guía los camellos, y las hijas le dan de beber. Lavan los pies del *visitante*; este se sienta en el suelo y toma silenciosamente la refacción hospitalera. Ni se le pide que cuente su historia ni se le pregunta cosa alguna; se queda ó prosigue su camino, según gusta. Al marcharse, se hace alianza con él y le erigen la piedra del testimonio. Este sencillo altar debe enseñar á los siglos futuros que dos hombres de los tiempos antiguos se encontraron en el camino de la vida, y que después de haberse tratado como dos hermanos, se apartaron para no volverse á ver ya, y para poner entre sus sepulcros dilatadas regiones.

Notad que el huésped desconocido es un *extranjero* en Homero y un *camitante* en la Biblia. ¿Qué diferentes miras de la humanidad! El griego establece únicamente una idea política y local donde el hebreo pintó un sentimiento moral y universal.

En Homero se oye tanto con ruido y ostentación todas las acciones civiles. Pronuncia en alta voz sus sentencias un juez sentado en medio de la plaza pública: Néstor á las orillas del mar hace sacrificios ó arenga á los pueblos. Una boda tiene hacinas encendidas, epitalmos y coronas colgadas á las puertas: un ejército ó un pueblo entero asiste á los funerales de un rey; un juramento se hace en nombre de las Furias; con imprecaciones espantosas, etc.

Jacob, bajo una palmera, á la entrada de su tienda, hace justicia á sus pastores: "Pon la mano sobre mi muslo," dice Abraham á su ser-

vidor, y jura que irá á Mesopotamia." Dos palabras concluyen su matrimonio á la orilla de una fuente. El criado trae la prometida al hijo de su amo, ó el hijo de su amo, por obtener la hija hermosa, se obliga á guardar por espacio de siete años los rebaños de su suegro. Un patriarca es conducido por sus hijos, después de su muerte, á la cueva de sus padres en el campo de Efron. Estas costumbres son mas antiguas que las homéricas, porque son mas sencillas y respiran tambien una quietud y gravedad que faltan á las primeras.

3.º *La narración*. En la Biblia se interrumpe la narración de Homero está interrumpida con digresiones, discursos, descripciones de vasos, vestidos, armas y cetros, y con genealogías de hombres ó de cosas diferentes. Los nombres propios están cargados de epítetos; rara vez deja de ser un héroe *divino*, *semejante á los inmortales*, *á honrado de los pueblos como un Dios*. Una princesa tiene siempre brazos *prósperos*, está siempre formada como *el fruto de la palma de Edén*, y debe su cabellera á la *mas jóven de las Gracias*.

La narración de la Biblia es rápida, sin digresiones, sin discursos: está sembrada de sentencias y los personajes se ven nombrados en ella sin adulación. Los nombres se repiten innumerables veces, y muy rara les sustituye el pronombre; circunstancia que unida á la frecuente repetición de la conjunción *y*, indica por medio de este prodigioso candor una sociedad mucho mas próxima al estado de la naturaleza que la que Homero nos ha pintado. El amor propio se ha despertado ya en los hombres de la Odisea, y en los del Génesis duermen aun.

4.º *La descripción*.

Las descripciones de Homero son largas, ya participen del carácter trágico, ya del triste, gracioso, fuerte, terrible ó sublime.

La Biblia comunmente no tiene mas que un solo rasgo en todos estos géneros; pero rasgo admirable, que pone el objeto á la vista.

5.º *Las comparaciones*.

Las comparaciones de Homero están prolongadas con circunstancias sobreabundantes: son como pequeños cuadros colgados en el ámbito de un edificio, para que no se caese la vista con la elevación de las cúpulas, retrayéndola sobre las escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Casi todas las comparaciones de la Biblia están expresadas en pocas palabras: por ejemplo, un león, un torrente, una tempestad, un incendio, que ruge, baja, destruye y devora. Sin embargo, tambien conoce las comparaciones por menor; merecen de los hombres, es una sencilla imagen de las costumbres de los primeros dias del mundo, cuando habia aun innumeros dioses en la tierra y cuando el hombre era para el hombre la cosa mas querida y grande. Los griegos conocieron tambien esta costumbre, como se ve en la vida de Ceres. *Diog. Laert.* lib. VI.

La narración de Homero está interrumpida con digresiones, discursos, descripciones de vasos, vestidos, armas y cetros, y con genealogías de hombres ó de cosas diferentes. Los nombres propios están cargados de epítetos; rara vez deja de ser un héroe *divino*, *semejante á los inmortales*, *á honrado de los pueblos como un Dios*. Una princesa tiene siempre brazos *prósperos*, está siempre formada como *el fruto de la palma de Edén*, y debe su cabellera á la *mas jóven de las Gracias*.

La narración de la Biblia es rápida, sin digresiones, sin discursos: está sembrada de sentencias y los personajes se ven nombrados en ella sin adulación. Los nombres se repiten innumerables veces, y muy rara les sustituye el pronombre; circunstancia que unida á la frecuente repetición de la conjunción *y*, indica por medio de este prodigioso candor una sociedad mucho mas próxima al estado de la naturaleza que la que Homero nos ha pintado. El amor propio se ha despertado ya en los hombres de la Odisea, y en los del Génesis duermen aun.

4.º *La descripción*.

Las descripciones de Homero son largas, ya participen del carácter trágico, ya del triste, gracioso, fuerte, terrible ó sublime.

La Biblia comunmente no tiene mas que un solo rasgo en todos estos géneros; pero rasgo admirable, que pone el objeto á la vista.

5.º *Las comparaciones*.

Las comparaciones de Homero están prolongadas con circunstancias sobreabundantes: son como pequeños cuadros colgados en el ámbito de un edificio, para que no se caese la vista con la elevación de las cúpulas, retrayéndola sobre las escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Casi todas las comparaciones de la Biblia están expresadas en pocas palabras: por ejemplo, un león, un torrente, una tempestad, un incendio, que ruge, baja, destruye y devora. Sin embargo, tambien conoce las comparaciones por menor; merecen de los hombres, es una sencilla imagen de las costumbres de los primeros dias del mundo, cuando habia aun innumeros dioses en la tierra y cuando el hombre era para el hombre la cosa mas querida y grande. Los griegos conocieron tambien esta costumbre, como se ve en la vida de Ceres. *Diog. Laert.* lib. VI.

La narración de Homero está interrumpida con digresiones, discursos, descripciones de vasos, vestidos, armas y cetros, y con genealogías de hombres ó de cosas diferentes. Los nombres propios están cargados de epítetos; rara vez deja de ser un héroe *divino*, *semejante á los inmortales*, *á honrado de los pueblos como un Dios*. Una princesa tiene siempre brazos *prósperos*, está siempre formada como *el fruto de la palma de Edén*, y debe su cabellera á la *mas jóven de las Gracias*.

La narración de la Biblia es rápida, sin digresiones, sin discursos: está sembrada de sentencias y los personajes se ven nombrados en ella sin adulación. Los nombres se repiten innumerables veces, y muy rara les sustituye el pronombre; circunstancia que unida á la frecuente repetición de la conjunción *y*, indica por medio de este prodigioso candor una sociedad mucho mas próxima al estado de la naturaleza que la que Homero nos ha pintado. El amor propio se ha despertado ya en los hombres de la Odisea, y en los del Génesis duermen aun.

4.º *La descripción*.

Las descripciones de Homero son largas, ya participen del carácter trágico, ya del triste, gracioso, fuerte, terrible ó sublime.

La Biblia comunmente no tiene mas que un solo rasgo en todos estos géneros; pero rasgo admirable, que pone el objeto á la vista.

5.º *Las comparaciones*.

Las comparaciones de Homero están prolongadas con circunstancias sobreabundantes: son como pequeños cuadros colgados en el ámbito de un edificio, para que no se caese la vista con la elevación de las cúpulas, retrayéndola sobre las escenas de paisajes y de costumbres campestres.

Casi todas las comparaciones de la Biblia están expresadas en pocas palabras: por ejemplo, un león, un torrente, una tempestad, un incendio, que ruge, baja, destruye y devora. Sin embargo, tambien conoce las comparaciones por menor; merecen de los hombres, es una sencilla imagen de las costumbres de los primeros dias del mundo, cuando habia aun innumeros dioses en la tierra y cuando el hombre era para el hombre la cosa mas querida y grande. Los griegos conocieron tambien esta costumbre, como se ve en la vida de Ceres. *Diog. Laert.* lib. VI.

1 Véase la nota 21 al fin de la obra.

1 *Pensar meum*. Esta costumbre de jurar por la ge-

pero en este caso toma un rodeo oriental y personifica el objeto súbitamente, como el orgullo en el cedro, etc.

6.º *Lo sublime*.
Por último, el sublime en Homero nace ordinariamente de la reunión de las partes, y llega a su término por grados.

En la Biblia es casi siempre inesperado. Se arroja, digámoslo así, sobre ti como un relámpago, y quedas humillado y surcado del rayo antes de saber cómo te ha herido.

También en Homero se compone el sublime de la magnificencia de las palabras en armonía con la majestad del pensamiento.

Todo lo contrario en la Biblia, pues el sublime mas elevado proviene siempre de un contraste entre la grandeza de la idea y la pequeñez, y aun a veces la trivialidad de la palabra que sirve para manifestarla. Resulta de aquí un estremecimiento y una conmoción inenarrable para el alma; cuando exaltada por la imaginación surca las regiones mas altas del ingenio, en vez de sostenerla la expresión, la deja caer a plomo desde el cielo a la tierra, y la precipita desde el seno de Dios hasta el ceno de este universo. Esta especie de sublime, el mas impetuoso de todos, conviene singularmente a un Ser inmenso y formidable, que toca a un tiempo mismo las cosas mas grandes y las mas viles.

CAPITULO IV.

CONTINUACIÓN DEL PARALELO DE LA BIBLIA Y HOMERO.—EJEMPLOS.

Ahora perfeccionarán los ejemplos nuestro paralelo. Tomaremos el orden inverso de nuestras bases primaras, quiero decir, que empezaremos por los lugares de oración, los cuales nos pueden suministrar rasgos separados y cortos, como el sublime y las comparaciones, para concluir por la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Hay en la Iliada un pasaje digno de atención por su sublime; este es aquel en que Aquiles, después de la muerte de Patrolo, apareciendo desarmado sobre el atrinchamiento de los griegos, espanta con sus gritos los batallones troyanos. La nube de oro que ciñe la frente del hijo de Peloo; la llama que se eleva sobre su cabeza; la comparación de esta llama a un fuego colocado por la noche en medio de una torre situada; los tres gritos de Aquiles, que por tres veces espantan la confusión en medio del ejército troyano; todo esto forma aquel sublime homérico que se compone, como hemos dicho, de la reunión de muchas bellezas accidentales y de la magnificencia de las palabras.

Ved aquí un sublime bien distinto: en él está

1 Il. lib. XVIII, v. 204.

el movimiento de la oda en su mas elevado entusiasmo.

“Proteja contra el valle de Vison.
“¿Qué es lo que tú tienes tambien, que con toda tu gente te has subido sobre los tejados?”

“Ciudad llena de bullicio, ciudad populosa, ciudad triunfante: los hijos están muertos, y no están muertos con espada, ni muertos en batalla.....

“El Señor te coronará con una corona de tribulacion, y te arrojará como pelota a tierra ancha y espaciosa: allí morirás, y eso será el carro de tu gloria.”

¿A qué mundo desconocido os arroja de un golpe el profeta? ¿Dónde os trasporta? ¿Quién es el que habla y a quién dirige la palabra? El movimiento sigue al movimiento, y cada versículo se admira del que le ha precedido. Ya no es la ciudad una reunión de edificios; es una mujer, o por mejor decir, un personaje misterioso, porque su sexo no está señalado. Sube sobre los tejados para llorar; y el profeta, participando su desorden, pregunta en singular, por qué has subido, y colectivamente añade, con toda tu gente.

“Te arrojará como pelota a tierra ancha y espaciosa, y ese será el carro de tu gloria.” ved aquí uniones de palabras y poesía muy extraordinarias.

Homero usa de mil modos sublimes para pintar una muerte violenta; pero la Escritura los ha excedido a todos con sola esta expresión: “La muerte primogénita devorará su hermosura.”

La muerte primogénita, por decir la muerte mas horrible, es una de aquellas figuras que solo se hallan en la Biblia. No se sabe dónde ha ido a buscar esto el entendimiento humano: todos los caminos son desconocidos para llegar a un sublime semejante.

Por eso llama tambien la Escritura a la muerte el rey de los espantos; y por eso dice hablando del mal: “El concebí el dolor y parí la iniquidad.”

Cuando el mismo Job quiere ensalzar la grandeza de Dios, exclama: “Descubrió está el infierno delante de él: él es quien detiene las aguas en las nubes; desata la banda de los reyes y ciñe con cuerda sus riñones.”

El divino Tioclimeno, en el festin de Penélope, se conmueve con los siniestros presagios que les amenazan.

“¡Ah, desdichados! ¿qué desgracia os ha suce-

- 1 Is. cap. 12, v. 1, 2, 18.
- 2 Job, cap. 18, v. 13. Hemos seguido el sentido del hebreo, con la Poliglota de Jimenez, las versiones de Sanctes Pagnino, de Arias Montano, etc. La Vulgata dice, la muerte primogénita, primogenita mora.
- 3 Job, cap. 18, v. 35.
- 4 Job, cap. 26, v. 6.
- 5 Job, cap. 26, v. 12.
- 6 Job, cap. 12, v. 18.
- 7 Odis. lib. XX, v. 261-57.

dido: ¿qué tinieblas se han aparecido sobre vuestras cabezas, sobre vuestros rostros, y al rededor de vuestras debiles rodillas?—Se deja oír un susurro, y vuestras mejillas están cubiertas de la grana. Las paredes y los artesonados techos de sangre; esta sala y este vestibulo están llenos de perversas almas que bajan al Erebo, en medio de las sombras. Muere el sol en el cielo, y se levanta la noche de los infiernos.”

Por formidable que sea este sublime, cede sin embargo a la vision del libro de Job.

“En el horror de una vision nocturna, cuando un profundo sueño adormece a los hombres, un espanto y un temor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron, y pasando por delante de mí un espíritu, se cruzaron los pelos de mi carne. Yo vi a aquel cuyo rostro no conocia; aparecióse un espectro delante de mis ojos, y oí una voz como de un soplo.”

Aquí hay menos saugre, menos tinieblas y menos almas que en el pasaje de Homero; pero aquel rostro que no conocia y aquel sepo son con efecto mucho mas terribles.

En cuanto al sublime que resulta del choque de un gran pensamiento y de una imagen fútil, vamos a hablar de un bello ejemplo hablando de las comparaciones.

Cuando Homero pinta a un jóven abatido por la lanza de Menelao, le compara a un nuevo olivo cubierto de flores plantado en un vergel distante de los ardores del sol, entre el rocío y los céfros, que repentinamente le abate sobre el suelo natal un viento impetuoso y cae a la márgen de las aguas que le alimentaban y daban el jugo a sus raíces. He aquí la prolongada comparación homérica con sus suaves y hechiceros pormenores.

Parece que oímos los suspiros del viento en el vastago del nuevo olivo. *Quam altius motant cunctum ventorum.*

La Biblia nos suministra en vez de todo esto un solo rasgo: “El impio, dice, se marchitará como la una tierra viña, y como olivo que deja caer su flor.”

“La tierra, exclama Isaías, se bamboleará como un olivo agitado, y será trasportada como tienda puesta una noche.”

Ved aquí el sublime en contraste. Sobre la frase, y será trasportada, queda el espíritu suspenso, y espera alguna grande comparación, cuando añade el profeta, como una tienda puesta una noche. La tierra que nos parece tan dilatada, se ve

- 1 Job, e. 4, v. 13, 14, 15, 16. Las palabras en letra cursiva indican los pasajes en que diferimos de Saoy. El traduce: Un espíritu vino a presentarse delante de mí, y los cabellos se erizaron en la cabeza. Ya se ve cuánto mas enérgico es el hebreo.
- 2 Il. lib. XVII, v. 53, 55.
- 3 Job, cap. 15, v. 33.
- 4 Is. cap. 24, v. 30.

desplegada en los aires como un pequeño pabellon recogido después con la mayor facilidad por el Dios fuerte que la ha tendido, y para quien la duración de los siglos apenas es como una noche rápida.

La segunda especie de comparación que hemos atribuido a la Biblia, esto es, la comparación larga, se halla en Job de esta manera:

“Verías al impio humedecido antes de salir el sol, y alegrar su tronco en su jardín. Sus raíces se multiplican en un monton de piedras, y se arraigan allí, y si se le arranca de su sitio, el lugar mismo donde estaba le reanudaría, y le dirá: Jamás te he conocido.”

Qué admirable es esta comparación, ó por mejor decir, esta prolongada figura! Así son abominados los perversos por aquellos corazones estériles, por aquellos montones de piedras sobre los cuales habían arraigado locamente durante su culpable prosperidad. “Bos gujarros que toman repentinamente la palabra, óvencos, ó leuems, un genero de personificación casi desconocido al poeta juío.”

Ezequiel, profetizando la ruina de Tiro, exclama: “Temblarán entre tanto los navios viéndolos ocupados del terror, y se espantarán las islas en el mar, viendo que nadie sale de vuestras puertas.”

Hay cosa mas asombrosa y horrible que esta imagen? Parece que estamos viendo aquella ciudad tan comerciante y tan poblada en otro tiempo, existiendo aun todas sus torres y edificios, al paso que ningún ser viviente se pasee por sus calles solitarias, ni pase por debajo de sus desamparadas puertas.

Vengamos a los ejemplos de narración, donde hallaremos remidos el sentimiento, la descripción, la imagen, la sencillez y la antigüedad de las costumbres.

Los pasajes mas famosos y los rasgos mas conocidos y admirados en Homero, se encuentran casi palabra por palabra en la Biblia, y siempre con una superioridad incontestable.

Ulises está sentado en el festin del rey Alcino; Demodoco canta la guerra de Troya y las desgracias de los griegos.

“Tomando Ulises en su fuerte mano un paño de su soberbio manto de púrpura, le ponía sobre su cabeza para ocultar su noble rostro y encubrir a los faecios las lágrimas que le caían de sus ojos. Cuando el divino cantor suspendía sus versos, enjugaba Ulises sus lágrimas, y tomando una copa hacia libaciones a los dioses. Cuando prosigiera Demodoco sus cantos y los ancianos le imitaban a continuar (porque estaban encantados de sus palabras), se

- 1 Job, cap. 8, v. 16, 17 y 18.
- 2 Homero hizo llorar la ribera del Helesponto.
- 3 Ezequiel, cap. 26, v. 18.
- 4 Odis. lib. VIII, v. 83, etc.

"cubría Ulises de nuevo la cabeza y empezaba otra vez a llorar."

"Estas son bellas cosas de siglo en siglo han asegurado a Homero el primer lugar entre los mayores talentos. Bien puede precisarse su memoria de no haber sido vencido en semejantes pinturas sino por hombres que escribieron dictados por el cielo. Mas no queda duda en que ha sido vencido, y de un modo que no deja efugio a la crítica."

Los que vendieron a Josef, los mismos hermanos de aquel hombre poderoso, vuelven a él sin conocerle y le traen al joven Benjamin que les había pedido.

"Mas él, después de haberles saludado con afabilidad, les pregunta: Por ventura vive aun vuestro padre anciano de quien me hablasteis? ¿está bueno?"

"Los cuales respondieron: Vuestro siervo, nuestro padre, vive aun, y está bueno; é inclinándose respetuosamente, le adoraron."

Alzando Josef los ojos, vino a Benjamin, hermano suyo uterino, y dijo: ¿Este es vuestro hermano el menor de quien me hablasteis? Y dijo después: Dios tenga misericordia de ti, hijo mío.

"Y se apresuró a salir, porque se conmovieron sus entrañas, a causa de su hermano, y se le saltaban las lágrimas; y entrándose en otro aposento, lloró."

"Y saliendo fuera otra vez después de haberse lavado la cara, se reprimió, y dijo: Traed de comer."

He aquí las lágrimas de Josef en oposición con las de Ulises; he aquí bellas absolutamente semejantes; mas qué diferentes en lo patético! Josef llorando a vista de sus ingratos hermanos y del joven é inocente Benjamin; este modo de pedir noticias de un padre, esta adorable sencillez y esta mezcla de amargura y de agrado, son cosas inefables: naturalmente vienen las lágrimas a los ojos y se siente uno conmovido a llorar como Josef.

Ulises, oculto en casa de Eumeo, se da a conocer a Telémaco; sale de la casa del pastor, se despoja de sus andrajos, y tomando de nuevo su hermosura por medio de un golpe de la varita de Minerva, entra pomposamente vestido."

"Su hijo bien amado le admira, y se apresura a volver la vista, temiendo que fuese algún dios. Esforzándose para hablar, le dirige rápidamente estas palabras: Extranjero, ¿tú me pareces muy distinto del que eres antes de tener esos vestidos, y no eres ya semejante a ti mismo. Cierro, y agnante eres alguno de los dioses que habitan lo oculto del Olimpo; pero sénos favorable: nosotros te ofrecemos sagradas víctimas, y obras de oro maravillosamente trabajadas."

1 Génes. cap. 43, v. 27 y sig.

2 Odis. lib. XVI, v. 278 y sig.

"Perdonando a su hijo, el divino Ulises le respondió: Yo no soy ningún Dios. ¿Por qué me comparas a los dioses? Soy tu padre, por quien suspirabas y por quien sufrías mil males y las violencias de los hombres. Dicho esto, abrazó a su hijo, y las lágrimas que corrían por sus mejillas llegan a mojar la tierra; hasta entonces había tenido valor para contenerlas."

Volveremos a hablar de este reconocimiento; pero es preciso ver antes el de Josef y sus hermanos.

Habiendo hecho Josef meter secretamente una copa en el costal de Benjamin, manda que presenten a los hijos de Jacob: estos se conmovieron. Finge Josef que quiere retener al culpable: Judá se ofrece en rehén por Benjamin, y refiere a Josef que Jacob le había dicho al partir para Egipto:

"Vosotros sabéis que me parió dos hijos mi mujer Raquel."

"Salíó el uno al campo y dijisteis que le devoró una fiera, y hasta ahora no parece."

"Si llevaréis también a este y le acaeciere en el camino alguna cosa, conduciréis mis canas con tristeza al sepulcro."

"No podía ya mas reprimirse Josef a vista de los muchos que estaban presentes; por lo cual mandó que todos salieran fuera, para que ninguno extrañara el mutuo reconocimiento."

Y alzó la voz con llanto: la cual oyeron los egipcios y toda la casa de Faraon.

"Y dijo a sus hermanos: Yo soy Josef; y ¿ve mi padre todavía? No podían responderle los hermanos, embargados de un excesivo terror."

"A los cuales dijo él dulcemente: Llegaos a mí. Y habiéndose ellos llegado de cerca, dijo: Yo soy Josef, vuestro hermano, a quien vendisteis para Egipto."

"No os asustéis. No por consejo vuestro, sino por voluntad de Dios he sido enviado acá. Apresuraos a buscar a mi padre."

"... Y como se hubiese dejado caer sobre el cuello de Benjamin su hermano para abrazarle, lloró; llorando también igualmente aquel sobre el cuello de Josef."

"Y besó Josef a todos sus hermanos, y lloró sobre cada uno de ellos."

He aquí esta famosa historia de Josef, la que no se halla en la obra de algún sofista, porque no es de ellos nada de cuanto está unido con el corazón y con las lágrimas: esta historia se halla en el libro que sirve de base a esta religión tan despreciada de los espíritus altaneros, y que tendría muy suficiente derecho para volverles menospreciados por menospreciados. Veamos cómo supera el reconocimiento de Josef y sus hermanos al de Ulises y Telémaco.

1 Génes. c. 44, v. 27 sig. Cap. 45, v. 1 y sig.

Homero cayó inmediatamente, a nuestro parecer, en un grande error empleando lo *maravilloso* en la pintura. Cuando en las escenas dramáticas están conmovidas las pasiones y todos los milagros deben salir del alma, resfria la acción el intervenir una deidad, da a los sentimientos el aire de la fábula, y pone a la vista la mentira del poeta donde solo se pensaba hallar la verdad. Hubiera hecho mucho mejor efecto el que Ulises se hubiese dado a conocer en medio de sus andrajos por alguna señal natural, como el mismo Homero comprendió, pues el rey de Itaca se descubrió a su ama de leche Euriclea por una antigua cicatriz y a Laertes por la peculiar circunstancia de trece perales que el buen viejo le había dado en su infancia. Nos sirve de compensación el ver que las entrañas del *destructor de las ciudades* están formadas de los mismos elementos que las del común de los hombres y que las simples afecciones componen lo interior.

El reconocimiento está mejor dirigido en el Génesis. Es introducida en el costal de un joven é inocente hermano una copa por una astucia toda fraternal y por la venganza mas sencilla; desconoculense los hermanos culpables pensando en la aflicción de su padre, y la imagen del dolor de Jacob, despedazando repentinamente el corazón de Josef, le obliga a descubrirse antes del tiempo que había resuelto. Por lo que hace a la famosa expresión *yo soy Josef*, sabemos que hacia llorar de admiración a Mr. Voltaire.

El *yo soy tu padre*, es bien inferior al *ego sum Joseph*. Ulises vuelve a encontrar en Telémaco un hijo sumiso y fiel. Josef habla a hermanos que le han vendido; no les dice *yo soy vuestro hermano*, les dice solamente *yo soy Josef*, y en esta palabra, Josef está comprendido todo para ellos. Quedan turbados, así como Telémaco; pero no es la majestad del ministro de Faraon quien los conturba, sino cierta cosa que hay en su conciencia.

Ulises hace a Telémaco un gran razonamiento para probarlo que es su padre; Josef no necesita de tantas palabras con los hijos de Jacob. Los llama *cercos de sí*; porque si *levantó la voz lo suficiente para ser oído en toda la casa de Faraon cuando dijo yo soy Josef*, debían no obstante ser sus hermanos los únicos que oyesen la explicación que iba a añadir en voz *baja*: *ego sum Joseph, FRATER VESTER, QUERM VENDIDISTIS IN AEGIPTUM*; aquí se hallan en el último grado de su perfección la delicadeza, la generosidad y la sencillez.

No nos olvidaremos de hacer notar la bondad con que Josef conculca a sus hermanos, y las excusas que él mismo les da, diciéndoles que lejos de haberle hecho miserable, son por el contrario la causa de su grandeza. Nunca deja la Escritura de colocar a la Providencia en la perspectiva de sus pinturas. Aquel gran consejo de Dios que dirige todos los negocios humanos, aunque

parezcan los mas abandonados a las pasiones de los hombres y a las leyes de la casualidad, sorprende maravillosamente nuestro espíritu. Se ama aquella mano oculta en las nubes, que incesantemente perturba los designios de los hombres: se ama el considerarse como alguna cosa entre los proyectos de la sabiduría y el conocer que el momento de la vida es un decreto de la eternidad.

Todo es grande con Dios, todo fútil sin él, y esto se extiende hasta los sentimientos. Suponéd que todo pasa en la historia de Josef como se indica en el Génesis: admitid que el hijo de Jacob, tan bueno y tan sensible como es, sea *filósofo*, y que en lugar de decir *yo estoy aquí por la voluntad del Señor*, diga: *la fortuna me ha sido favorable*; en este caso se disminuyen los objetos, se restringe el círculo, y así lo patético como las lágrimas desaparecen.

Por último, Josef abraza a sus hermanos como Ulises a Telémaco, pero empieza por Benjamin. No hubiera faltado autor moderno que le hubiese hecho poner primero sus brazos sobre el cuello del hermano mas delincuente, con el fin de que fuese su héroe un verdadero personaje de tragedia. La Biblia ha conocido mejor el corazón humano, y el medio de apreciar aquella exageración de sentimiento por la cual tiene el hombre siempre el brío de esforzarse a arribar a lo que considera como superior ó a decir lo que tiene por una enérgica expresión. Además, la comparación que ha hecho Homero de los sollozos de Telémaco y Ulises con los gritos de una aguililla y de sus polluelos (comparación que hemos suprimido), nos parece por demás en este lugar: "Y como se hubiese dejado caer sobre el cuello de Benjamin su hermano para abrazarle, lloró; llorando también igualmente aquel sobre el cuello de Josef;" aquí se halla la única magnificencia de estilo conveniente en tales ocasiones.

En la Escritura hallaríamos otros muchos trozos de narración tan excelentes como el de Josef; pero el lector puede fácilmente cotejarlos con otros de Homero que sean semejantes. Podrá, v. gr., en paralelo el libro de Ruth y el de la recepción de Ulises en casa de Eumeo. Tobias ofrece semejanzas admirables con algunas escenas de la Ilíada y de la Odisea. Primo es conducido por Mercurio bajo la forma de un hermoso jódico por Mercurio bajo la forma de un hermoso jódico, así como el hijo de Tobias lo es por un ángel bajo el mismo disfraz. No se debe echar en olvido el perro que corre a anunciar a los ancianos padres la vuelta de un hijo querido, ni el otro perro que permanece fiel entre servidores ingratos, y perfección sus destinos inmediatamente que ha reconocido a su amo bajo los harapos del infortunio. Nausica y la hija de Faraon van a lavar sus vestidos a los ríos; la una encuentra allí a Ulises y la otra a Moisés.

Se hallan sobre todo en la Biblia ciertos modos de explicarse, que son a nuestro parecer mu-

